

NOTAS

HIPOLITO UNANUE, ESTUDIOSO DE LOS GIGANTES

Sandro A. Patrucco*
Pontificia Universidad Católica del Perú

Corrían los tibios días de mediados de abril de 1792, cuando al doblar el último folio del papel periódico intitulado *Mercurio Peruano*, los suscriptores de la entrega 135, pudieron leer una corta noticia procedente de Nueva Granada, en la que se mencionaba que:

“El excmo. Señor Virrey de este Reyno remite a S. M. un mozo Socarreño llamado Pedro Cano, de 21 años de edad, que hasta los quince fue creciendo regularmente, y desde esa época ha echado un cuerpo gigantesco de siete pies, cinco pulgadas, tres y media líneas Españolas; todoavía no se ha calzado por falta de medias, que es menester hacerlas al propósito; pero se le han hecho ya los zapatos que tienen cerca de media vara.”

La nota terminaba señalando que el *Mercurio* daba “*con gusto esta noticia, como que podrá servir de preliminar a la Disertación que pensamos dar sobre la proceridad de los americanos.*”. Hoy esta acotación aparentemente intrascendente, puede revelarnos un interesante trasfondo como más adelante veremos.

* Agradezco a Rodrigo Núñez-Carvallo, por sus acertados comentarios y críticas al presente artículo.

Los lectores de tan llamativa noticia quedaron cautivados pues los gigantes habían alimentado la imaginación de los americanos y europeos. Este tipo de informaciones siempre encontraron un público interesado que se hacía oídos de las leyendas indígenas, las evidencias de los restos de la paleofauna americana y las obras portentosas de los antiguos habitantes andinos. Cada descubrimiento suscitaba la esperanza de comprobar la esqui-va existencia de estos seres. Tanto más rara como excitante resultaría entonces la aparición de un gigante vivo y tangible. Estos seres de desmesurado tamaño, cuya estatura hoy atribuimos a desórdenes de origen hormonal, no eran desconocidos en la época. Un siglo y medio antes de la información del Mercurio Peruano ya se habían encontrado individuos de características similares. El polifacético Antonio de León Pinelo relataba la existencia de un muchacho llamado Juan Núñez, que el Conde de Chinchón, virrey del Perú quiso enviar a España para ser estudiado por los especialistas. Pinelo refiere que en 1635 se “*imbiaba a S. M. Un Mancebo de diez y ocho años hijo de un español y una india por su notable estatura; de que sólo llegó el retrato que como cosa admirable se guarda en Palacio, porque el hombre murió en Lima*” (León Pinelo 1943: t I, p 209). El cronista Antonio de la Calancha añadía que el mencionado Juan Núñez había sido traído de Huamanga en 1630 y “*tenía más de media vara de pie, y aora murió en Pizco*” (Calancha, 1976 (1636): t II, c XI, 844).

El interés que despertó el descubrimiento del desproporcionado Pedro Cano en Bogotá y del que se hace eco el *Mercurio*, se vio reforzado por el hallazgo de otro gigante. A los pocos días del mismo otoño de 1792 fue publicado un informe sobre la existencia de un caso similar. El autor de la nueva nota, era nada menos que el culto *Aristio*, seudónimo bajo el que se escondía el naturalista Hipólito Unanue. En la edición del 29 de abril del *Mercurio Peruano* (1792: t IV, num 138, p 293 y ss) podía encontrarse “*La Descipción del Gigante que acaba de ser conducido a esta ciudad de la de Ica*”. *Aristio* comentaba lo siguiente:

“habitando nosotros esta parte del globo, poblada en otros siglos de gigantes... parecería oportuno que... exercitásemos nuestra pluma en la resolución del problema sobre su existencia. Pero como la materia... no puede tratarse sin un crecido número de nuevos monumentos, sobre los que se puedan adelantarse las reflexiones y las conjeturas que necesitan algún tiempo de incubación, por no defraudar al público del placer de lo maravilloso, le adelantamos al número 135 la noticia de Pedro Cano, y por la misma razón vamos a describirle en el presente a Basilio Huaylas de enorme corporatura...”

De esta manera al neogranadino Pedro Cano se sumaba el indio Huaylas que era natural de Castro-Virreyna. El nuevo gigante tenía 24 años de edad, y fue traído a Lima por algún empresario que pretendía comerciar con la curiosidad de los moradores de esta ciudad, presentándolo en la Plaza de Acho. Las actuaciones del enorme indio debieron tener gran éxito pues hasta se le pintó un retrato. La biografía de este singular habitante andino sería recogida posteriormente por el bibliófilo Manuel de Mendiburu, quien en su Diccionario Histórico-Biográfico del Perú comentaba: “...no sabemos el fin que tuvo este hombre notable, que en sus alimentos no excedían a los de los demás. Varias veces representó en el teatro el papel de gigante Galafre en la Comedia la Puente Mantible...” (1937: t VI, 278). Por algún azar del destino una copia de su retrato, fechado en 1815, llegó al *Kirby's Wonderful Museum*, inspirado en la pintura original en donde aparecía acompañado de un arpista, de modo que era posible tener una idea comparativa de su extraordinaria estatura (Wood 1868: 194).

Al margen de la anécdota, la curiosa historia de Basilio Huaylas creó un clima de cierto sensacionalismo que llevo a *Aristio*, es decir a Hipólito Unanue, a informar de la presentación del gigante en la plaza de toros el primer día del mes de mayo. Pero no contento con ello se permitió realizar un exhaustivo estudio de aquel suceso clínico.

Los hallazgos de presuntos gigantes fueron moneda corriente desde los primeros momentos del descubrimiento. Los conquistadores eran herederos de una variada tradición cultural. Algunos, los más instruidos, no eran ajenos a las lecturas de los clásicos y la patrística. Otros, casi la mayoría, preferían las novelas de caballería, los relatos de tradiciones populares y estaban sumergidos en un mundo de fantasías y temores medievales. Gigantes insulares, crecidos patagones, osamentas calcinadas de los nefandos gigantes de la punta de Santa Elena, y abundantes y desmesurados huesos dispersos por el continente, conmocionaron a los cronistas y autores del seiscientos, haciéndolos volver una y mil veces sobre este transitado tema.

Durante la centuria del setecientos, el tema de los gigantes fue abordado de manera distinta. La historiografía y la bibliografía barroca, prefirieron enfrentar el estudio de los descomunales seres sustentándose en comentarios de informantes y cercanos testigos, contrastándolos con abundantes citas de autores clásicos, cada vez más rebuscados y eruditos. A pesar de algunos esfuerzos interesantes de tratadistas que dedicaron libros enteros a temática tan controvertida, los gigantes parecían condenados al olvido.

Incluso las antiguas colecciones de curiosidades fueron perdiendo interés, dejando paso a los gabinetes de historia natural. Los cuernos de unicornios se transformaron en dientes de narvales, las sirenas en manatíes, y los huesos de gigantes en esqueletos de animales prehistóricos: la mítica existencia de los gigantes –carente de evidencias físicas– empezaba a desvanecerse.

No obstante, la aparición de la ciencia moderna no hizo decaer la atención por los gigantes y más bien daría un nuevo auge a estos seres mitológicos. Científicos y expertos naturalistas como Buffon o De Pauw tratarían de organizar el conocimiento del mundo natural. América les parecía sorprendente pero también un continente joven, demasiado mutable e inferior. Para demostrarlo recurrieron a forzadas categorizaciones, sugiriendo por ejemplo que los seres americanos eran de menores proporciones y a la vez sumamente inestables. Los postulados de Buffon serían resumidos por el propio Unanue unos años más tarde en *El Clima de Lima* (1806) de manera sintética:

“El sabio Conde Buffon estableció las cuatro porposiciones siguientes: 1ª, los animales que son comunes al antiguo y nuevo continente son más corpulentos en el primero que en el segundo; 2ª, los animales indígenas del nuevo hemisferio son menores que los aborígenes del antiguo; 3ª, las especies de animales domésticos transplantados de la Europa, han degenerado en América; 4ª, esta parte de la tierra ofrece pocas familias que le sean peculiares” (Unanue 1974, t 1, v 8, p 87).

Tales argumentos generaron como es lógico suponer una tremenda polémica y la animadversión de muchos estudiosos, promoviendo que la mayoría de los americanos y no pocos europeos impugnaran sus teorías. Las cartas, las comunicaciones científicas y los memoriales de los americanos se sucedieron, tratando de probar la veracidad de la existencia de los gigantes indios como respuesta definitiva y contundente a los prejuiciosos argumentos de los naturalistas eurocéntricos. En esta confrontación los antiguos esqueletos, los restos de Santa Elena y los esquivos patagones se erigieron en pruebas incontrastables no sólo de la igualdad, sino de la supremacía de la naturaleza americana. Los detalles de esta larga discusión han sido ampliamente tratados por Antonello Gerbi en su obra *La disputa del Mundo Nuevo* (1982). Esta misma polémica sería el telón de fondo, y una de las motivaciones que llevaron a los redactores del Mercurio Peruano a comentar la noticia de la aparición del gigante Pedro Cano con una inocultable satisfacción. No es casual que señalaran que el descubri-

miento “*podrá servir de preliminar a la Disertación que pensamos dar sobre la proceridad de los americanos*”, pues los mercuristas se enfrentaban a las posiciones de De Pauw y Buffon y pretendían desmentirlos con sus hallazgos. Lamentablemente este debate nunca llegó a consumarse debido a la extinción del *Mercurio Peruano*, y únicamente las anotaciones de *Aristio* abordaron el asunto.

Pero regresemos a las reflexiones de Unanue. El médico peruano centró su artículo en la descripción del cuadro clínico que Basilio Huaylas presentaba:

“Tiene de largo 7 pies castellanos, 2 pulgadas y algunas líneas. La distribución de sus miembros no esta proporcionada. De la cintura para arriba son monstruosos. Tiene cerca de una tercia de cara, cinco sesmas en el ancho de la espalda, y tan largos los brazos que, estando de pie derecho, las puntas de los dedos de las manos tocan las rodillas. De la cintura para abajo, se halla un poco desmedrado. La pierna derecha tiene una pulgada menos de longitud que la izquierda. Cuenta que en su niñez sufrió un golpe en la primera, y que de allí le proviene este defecto... .. No obstante lo delgado de sus piernas, sus pies pueden apostar con los de Pedro Cano. El peso total de su cuerpo es de 14.5 arrobas”.

Luego de una descripción tan objetiva, concluyó el examen ocupándose de la alimentación de Huaylas. Por entonces, la gente creía que los frutos de la tierra no podrían abastecer una nación de gigantes, pues no habría territorio capaz de mantenerlos satisfechos. Para hombres tan grandes “*una manzana sería una guinda, y un melón, una manzana*”. Sin embargo el gigante peruano no era precisamente un glotón, pues “*come regularmente y menos que la mayor parte de la infinidad de golosos que habitan en esta capital*”. Unanue sin embargo deja traslucir sus prenociiones al aseverar que “*es indio, y que ésta es la gente más parca del universo, cuando se mantiene a su costa. No sabemos lo que será, si se acostumbra ejecutarlo a la ajena; porque entonces, el indio más pigmeo, suele comer como un gigante*”.

Pero dejando atrás la simple descripción del fenómeno y las curiosas reflexiones que suscitaba, es interesante el estudio de las anotaciones de *Aristio*. Ellas nos permiten indagar el conocimiento de un estudioso que estaba a la vanguardia del pensamiento científico de finales del siglo XVIII. Unanue que en 1792 tenía 37 años, se había doctorado en 1786, y tres años

más tarde había ganado por oposición la Cátedra de Anatomía en un célebre debate con el doctor Tafur, que *“revistió los contornos de un gran torneo científico por la calidad de los contendores”*. Los jurados consideraron *“justo premiar con (la cátedra) las estudasas tareas con que tan distinguido maestro ha acreditado su más fino e ilustrado talento”* (Lastres, 1951, 46).

Pero además, el nóvel catedrático se mantenía al tanto de las últimas obras europeas en temas científicos y médicos, imbuyéndose en los principios de la ilustración y participando de diversas *tertulias filosóficas* de la capital. Destacaba sobre todo la que se reunía en casa de don José María Egaña, donde se comentaban y discutían las últimas novedades. Los tópicos curiosos no faltaban en estas discusiones ilustradas como se evidencia por otra colaboración presentada por Unanue en un número anterior del *Mercurio*, titulada *“Descripción de un ternero bicípite seguida de algunas reflexiones sobre los monstruos”* (1792: t IV, n 126, p 183). No sólo se trataba de estudiar el mundo físico sino también las deformaciones y monstruosidades que la naturaleza permitía. Unanue continuaba de este modo los estudios sobre anomalías teratológicas de Rivilla y Bonet.

No parece extraño que un académico de la talla del futuro prócer, que acostumbraba apoyarse en citas latinas tanto en sus discursos políticos, como en sus observaciones meteorológicas y estudios médicos, hiciera gala de una gran erudición en la temática de los gigantes. Remontándose a la tradición clásica, refería el caso del sobredimensionado emperador Maximino, que según la leyenda necesitaba hacer uso de sus rentas imperiales *“para pagar su comida ordinaria que era de 40 libras de carne y 36 azumbres de vino”*. De esta manera se acogía a la antigua narración latina que aseguraba que sus emperadores Maximino y Joviano habían sido gigantes (Patrucco 1995:21). También mencionaba en el colofón de su artículo al mítico y crecido Tifón, intentando adornar su estudio con un cierto sabor literario:

“hijo de Juno, que tocaba con la cabeza el cielo; con la una mano el Oriente y con la otra el Occidente; y de fuerzas tan desmedidas, que para oprimirlo, fue necesario le echasen encima todos los promontorios de Sicilia como lo cantó Ovidio”

Unanue concluía su artículo, incluyendo una traducción del ilustre poeta Ovidio:

*“Se esfuerza muchas veces y se anima
Por levantarse; mas su diestra mano*

Todo el Peloro Ausonio tiene encima.
Tu, ¡oh Paquino! En su izquierda estás ufano.
En sus rodillas Lilibea cima
Y en su cabeza el Etna de Vulcano”.

Las citas anteriores se explican dentro de la necesidad de presentar un artículo de sesgo científico a un público amplio pero cultivado. Era menester aportar ciertos visos literarios a los textos científicos, recurriendo a autores de extenso conocimiento público. Por el mismo motivo se permitía acotar el texto con jocosas verbigracias, como la del glotón Albín que participaba de la *tarasca* disfrazado de gigante y que comía sin descansar “ *cien melocotones, diez melones, quinientos higos y doce docenas destras*” durante la celebración de una fiesta.

Retornando a la seriedad y el rigor propios de su estilo académico, prosigue su disertación afirmando que “ *los gigantes y los enanos son naciones antípodas cuya existencia es todavía un problema para los físicos y los naturalistas*”. Considera que si bien las montañas de Madagascar son habitadas por los pequeños *quimios*, es en la América meridional donde la naturaleza ofrece mayores pruebas sobre la existencia de los gigantes. De este modo Unanue se declaraba partidario de la tesis de la superioridad de la naturaleza de América sobre la europea, y pretendía enfrentar los equívocos de Buffon y De Pauw. En ello coincidía con los esfuerzos contemporáneos de Jefferson, quien desde su embajada en París, emprendía una labor ideológica semejante. El patricio norteamericano escribió sobre la materia, estableció tablas comparativas donde se demostraba la falacia de las tesis despreciativas y recolectó y transportó desde su nativa Virginia elocuentes restos de gigantes, entre los que no faltaron osamentas de mastodontes y dinoterios.

Aristio en la noticia sobre “ *El gigante que acaba de ser conducido a esta ciudad*”, también refería la célebre y difundida leyenda de los gigantes de la punta de Santa Elena, (situada en tierras al norte del virreinato peruano), lugar en la que habitó “ *cierta raza de hombres que de rodilla abajo tenían tanta longitud cuanta tiene en todo su cuerpo el hombre de más alta estatura*”. Esta fábula, mencionada por las más tempranas crónicas y publicitada hasta el cansancio en la literatura posterior, había surgido tras el descubrimiento de los huesos de antiguos animales de grandes proporciones, ennegrecidos por la brea de los cercanos yacimientos. Obviamente los observadores occidentales se basaron en una antigua leyenda indígena que intentaba asociar la aparición de los enigmáticos restos, con la llegada de

hombres desconocidos de enorme estatura. Pero los españoles añadieron también lo suyo, dotando a los gigantes de costumbres sodomíticas, por lo que fueron castigados con fulminantes y angélicos rayos de fuego que los calcinaron en el acto (Patrucco, 1992; 113 y ss). Tal vez sea Acosta el cronista que más someramente relata el acontecimiento¹:

“Hay en el Perú unos gigantes que vinieron en aquellas partes, cuyos huesos se hayan hoy en día de disforme grandeça cerca de Manta en Puerto Viejo y en proporción debían de ser aquellos hombres más que tres (veces) tanto mayores que los indios de agora. Dicen que aquellos gigantes vinieron por mar, y que hicieron guerra a los de la tierra, y que edificaron edificios soberbios, y muestran hoy un pozo hecho de piedras de gran valor. Dicen más: que aquellos hombres, haciendo pecados enormes fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del cielo...” (Acosta 1985(1590): I, XIX, 53).

Unanue no desestimó la antigua narración, pero consideró necesario apoyar la difundida leyenda con evidencias palmarias. El descubrimiento de unos gigantescos sepulcros en la zona de Chichas y Tarija, pareció brindarle indicios *“que al parecer acreditan aquellas narraciones”*. Coincidentemente en aquel mismo año, Joseph de Corral y Norro había elevado un *“Dictamen ... sobre las osamentas de desmedida magnitud que se hallan en la Punta de Santa Elena, jurisdicción del Gobernador de Guayaquil”*. Desconocemos si dicho informe fue consultado por nuestro articulista, aunque pudo haber tenido noticias de los hallazgos ocurridos durante la expedición de Corral y Norro.

Además, el académico peruano había organizado un gabinete de historia natural, agenciándose algunos restos óseos entre los que destacaba *“una muela de una momia descubierta en Tarija que pesa libra y media”*. A partir de la muela infirió que el tamaño final de aquella osamenta constituiría el hallazgo de restos de gigante más importante de su tiempo. Se-

-
1. El episodio en cuestión fue mencionado por la mayoría de los escritores virreinales y no pocos escritores extranjeros que enterados de tan sensacional hallazgo con apariencias de credibilidad indubitable se entretuvieron en sus pormenores. Pero López, Diego de Trujillo, Pedro Cieza de León, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, Agustín de Zárate, Garcilaso de la Vega, Pedro Gutiérrez de Santa Clara, Anello Oliva, Levino Apolonio, Juan Barbenias, Diego Avila, Antonio de León Pinelo, Diego de Avalos y Figueroa, Antonio Magino, Juan de Torquemada, Antonio de la Calancha, Antonio de Alcedo y Herrera, Joseph de Corral y otros más dedicaron extensos párrafos y hasta páginas a estas materias. Innumerable sería la lista de aquellos que sólo los mencionaron.

ñalaba que “... por consiguiente, la momia de que se arrancó debía ser de mucho mayor estatura que el esqueleto desenterrado por Habicot, quien asegura que tenía 25.5 pies de alto”. Nicolas Habicot era el autor de la “*Gigantosteologie o discours des os d’un geant*” (1613) obra en la que estudiaba y elogiaba el descubrimiento de un gigante encontrado en el Delfinado francés, de 25 pies de largo. Por entonces se creía que tales huesos pertenecían a Teotobocus, el Rey de los Cimbrios, contrincante legendario de Mario y Cátulo. Supuestamente había sido encontrado en un sarcófago con las inscripciones de Teotobocus Rex y rodeado por cincuenta medallas con la efigie de Mario.

La publicación de la *Gigantosteologie...* sería el comienzo de un largo debate que involucró a una serie de físicos y naturalistas franceses de la época de Luis XIII, monarca que acogió los restos y terció en la discusión. Unanue estaba al tanto de esta histórica polémica pues en las notas a su descripción de la estatura de la momia de Tarija, mencionaba a también a Riolan, el principal detractor de Habicot y autor de la “*Gigantomachie*” (1613), obra en la que desmintió la autenticidad de los restos del Delfinado. Riolan cuestionó la honorabilidad del doctor Mazurier, quien dirigió el hallazgo y la del propio Habicot, su apologista, acusándoles de falsificadores. Parecía de mucha osadía atribuir los restos a un personaje legendario. Riolan asumió que estas “*pedras oseas o juegos de la naturaleza*” eran meras formaciones calcáreas por medio de las cuales, se pensaba, la naturaleza se burlaba del hombre dándole formas de seres u objetos conocidos. Abundando en la materia, Riolan publicó más tarde la “*Antigantologie*” (1618), con la cual cerró el célebre ciclo de discusiones luego de las cuales los huesos de Teotobocus cayeron en el más absoluto descrédito.

Pero si la discusión sobre Teotobocus era historia antigua, Unanue también estaba al tanto de publicaciones más modernas. Al referir en sus anotaciones científicas que la mencionada muela había sido arrancada a la momia encontrada en Tarija y enviada a Madrid por el marqués de Valle Umbroso, añadía “*que en la navegación fue hecha presa de los ingleses que la llevaron a Londres*”. No sin cierta dosis de ingenuidad señalaba que “*...si el Mercurio llegase por allá, podrán esos señores hacer cotejo, y ver si es cierto que el gigante pillado le falta la muela referida, dignándose avisarnos por medio de las Transacciones filosóficas*”.

Las *Transacciones filosóficas* eran el órgano oficial de la Real Sociedad de Ciencias de Londres que había sido reactivado por Hans Sloan. Lo

cual nos demuestra que Unanue y su círculo eran ávidos lectores de sus páginas. No en vano en otra parte del artículo mercurista, Aristio mencionaba a Sloan, también médico y naturalista, muerto unos años atrás, en 1753. En el *fin de siècle*, los descubrimientos en historia natural del inglés todavía tenían vigencia y su célebre y citada colección de antigüedades, libros y piezas paleontológicas constituyó el fondo inicial del Museo Británico.

En el artículo sobre el gigante iqueño, *Aristio* hace gala de un amplio conocimiento bibliográfico sobre el tema, afirmando que se ha ilustrado con los textos de Jancourt, Buffon, Haller, Torrubia y Dauberton. Estas fuentes nos permiten seguir indagando sobre sus lecturas. Por ejemplo el mencionado *Caballero* Jancourt fue el redactor de la voz *Geant* en la *Encyclopedie* de 1757, la famosa obra francesa, en la cual apareció un extenso artículo donde las alusiones mitológicas eran abundantes, pero interpretadas de una manera alegórica y no literal. El espíritu racionalista postulaba que de aquellos relatos se podía deducir el valor, las hazañas y el temor que aquellos personajes habían inspirado, pero nada más. También se enumeraban bajo la voz *geant* los principales descubrimientos contemporáneos, pero generalmente se desvirtuaba la validez de ellos, concluyendo que la mitología sobre gigantes era la manera como los pueblos engrandecían a sus héroes. Este argumento lo desarrollaría en *El Clima de Lima*² (Patrucco 1995: 135). Sobre Jorge Luis de Leclerc, Conde de Buffon podemos men-

-
2. Unanue escribía catorce años más tarde en su célebre estudio sobre el clima de Lima haciéndose ecos de la lectura de la Enciclopedia Francesa, "A pesar de la distancia en la que hoy moran diferentes naciones de la tierra, se encuentra en sus tradiciones que sus antepasados vieron un mismo objeto, cuya descripción o imagen fueron después aplicando, según las ocurrencias análogas que les ofrecían sus opiniones, religión o costumbres. Yehová en medio del magestuoso aparato de los relampagos y truenos desciende a la cima del Sinaí a intimar la Ley a los hebreos. Esta augusta imagen del poder y la grandeza divina, es luego aplicada a Jupiter, vibrando rayos contra el ejercito griego desde la cúspide del Ida, y el grande hombre, no aparece de otro modo sobre los montes de Ohio para exterminar con sus dardos un feroz animal que assolaba las campiñas. Así también bajo en otro tiempo el Angel Celeste sobre la punta de Santa Elena, en la América meridional, para arruinar una raza impura y feroz de gigantes que habiendo aportado allí de regiones desconocidos assolaba el país.

Los indios de uno y otro hemisferio comprueban la verdad de sus tradiciones con las grandes muelas que se hallan enterradas en los sitios indicados. En el Perú se encuentran igualmente con otros huesos de enorme magnitud en la provincia de Chichas, cerca del trópico de capricornio y no faltan rastros de ellas en el reino de Chile" (Unanue, 1974(1806): t 1, v 8, 98-9).

cionar sus teorías sobre la degeneración americana, pero hay poco que podamos añadir. Tanto su *Historia natural* como la obra de algunos de sus epígonos era ampliamente conocida y comentada en el medio, como lo comprueban las muchas críticas que estas obras produjeron en el nuevo continente.

Albert von Haller era en cambio un riguroso médico y naturalista suizo, que realizó hasta su muerte en 1777, importantísimos hallazgos en el campo de la anatomía y la fisiología. En sus obras *Iconoes Anatomicae* (Gotinga 1750), *Opuscula anatomica minora* (Lausana 1768), y muy especialmente su *Opuscula patologica* (Lausana 1755) analizaba los comportamientos anómalos del ser humano y debieron ser de gran interés para el ilustrado peruano y su círculo. En su artículo del *Mercurio Unanue* se declaraba adláter del renombrado científico diciendo que “*por lo común los huesos de las piernas (de los gigantes) no engruesan en proporción; así no pudiendo sostener la grave mole de la caja del cuerpo se encorvan y debilitan...*”.

Sería muy extenso proseguir la disertación de Unanue, que se dedica a explicar la flacura de los miembros de Basilio Huaylas comparándolo con otros hallazgos citados por Haller: “*por eso según testimonia Haller el gigante Macgrat era estevado y flojo y el nuestro no tiene cara de ser valiente*”. Pero también se tomaba la libertad de discrepar en algunos puntos de detalle, aunque concordaba con las opiniones de Haller sobre las proporciones de los seres que habitan a diferentes alturas y las locaciones en los que estos hallazgos debían realizarse:

“Como los lugares de la América meridional en que se encuentran todos estos despojos son tierras llanas y no hay noticias de haberse descubierto en las sierras elevadas y quiebras del Perú, parece que ellos confirman la opinión de Alberto Haller de ser más corpulentos de los que habitan los llanos que los que pueblan los montes.”

Unanue se adelantaba dos siglos a la moderna fisiología de la altura, que busca comprender los cambios orgánicos que se producen cuando se vive en las zonas cordilleranas de nuestro país. Su espíritu racionalista lo llevaba también a cubrirse las espaldas de cualquier crítica en torno a la presunta naturaleza no humana de estos seres. Siguiendo a Haller, formulaba las siguientes afirmaciones:

“Pero se dirá que estos no son despojos de racionales sino de irracionales, no terrestres (porque no hay memoria de que hubiese

corpulentos antes de la conquista hecha por los españoles) sino marinos, restos del diluvio universal. Abrazamos desde luego esta opinión; pero preguntamos ¿por qué no se encuentran en las profundas quebradas de la sierra, en que era más natural se empozasen y pudiesen, al retirarse las aguas?”...

El franciscano español José Torrubia, fallecido en 1768, también era nombrado en el repertorio consultado por Unanue. Este naturalista andaluz publicó el *“Aparato para la historia natural española”* (1754) y reunió una larga serie de *“disertaciones físicas”* sobre estos desmesurados seres, que apareció bajo la forma de opúsculo. De este modo las casi cincuenta páginas del capítulo décimo de su obra, fueron editadas bajo el título de *“Gigantología Española”* (1754). Torrubia revisaba textos de cronistas al tiempo que se mantenía informado de las más modernas gacetas científicas del momento. Rebatía al propio Sloan y combatía las teorías de Benito Feijoo y Montenegro, autor del *“Teatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes”* (1740). Tanto Feijoo como Sloan suponían que los huesos americanos no eran humanos sino provenientes de elefantes, a lo que Torrubia respondía que era difícil sostener tal argumento, pues en América abundaban los gigantes y en cambio no se conocían los paquidermos. El franciscano recolectó todas las evidencias posibles sobre la existencia de estos desmesurados habitantes de Indias, y se erigió en defensor de la superioridad natural del nuevo orbe y en apologista de su mítica grandeza. Su gigantología española debió circular profusamente en los virreinos de América y fue lectura obligada de los estudiosos de ciencias. De esta manera ayudó a extender la variada bibliografía sobre los gigantes americanos, recopilando literatura médica de los más renombrados científicos europeos de la época y hasta informes de los médicos de la corte de los Borbón.

Lo que sí parece extraño es que Unanue no mencionara la obra de Rivilla y Bonnet, aunque deja constancia de su conocimiento por una mención hecha en un artículo previo sobre monstruosidades animales. Tal vez un sesgo excesivamente escolástico al abordar a los gigantes, restó interés a dicho tratado de teratología impidiendo que fuera utilizado como fuente de primera mano. No ocurrió lo mismo con las obras de Luis Juan María Dauberton, muerto en 1799, quien trabajara con Buffon en la *Historia natural*. Correspondió al primero realizar la tediosa tarea de las disecciones y descripciones anatómicas de los especímenes. El médico trabajó con tanto ahínco y logró tal celebridad con sus estudios que Buffon pronto lo apartó de las investigaciones, temeroso de que pudiera opacarlo, llegando al extre-

mo de intentar ridiculizarlo públicamente. Recién cuando Dauberton asumió la dirección del Gabinete de Historia Natural, pudo continuar sin contratiempos sus apasionantes estudios, cuyos resultados aparecieron sucesivamente en las gacetas de la Sociedad de Medicina y de la Academia Francesa de Ciencias. También participó en la redacción de la *Enciclopedia*, haciéndose cargo de la introducción de la Historia Natural del Hombre, que se puede ubicar en el tomo primero. Dauberton era bastante conocido para Unanue, quien recurrirá a él para sustentar algunas precisiones sobre el estudio de las proporciones de Basilio Huaylas. Recuerda las opiniones de Dauberton en torno del falaz hallazgo de Teotobocus, rey de Cimbria, ya bastante olvidada desde un siglo atrás, aunque disentía de algunas importantes conclusiones del sabio francés, a propósito del caso del gigante indígena.

“...se diría también ser falsa la relación que nosotros hacemos de Basilio Huaylas; pues dándole cerca de tres pies de latitud a sus espaldas, no debería corresponderle 7 pies de alto sino más de 12. Y si las medidas hubiesen de deducir de sus manos y dedos, apenas se le podría dar de 5 á 5.5 de altura; pues ni la palma de la mano corresponde a lo largo de sus brazos, ni menos sus dedos que aunque gruesos, son bien cortos”.

La escrupulosidad de Aristio lo llevaba a revivir una vieja polémica, y a oponerse a Dauberton, uno de los pro hombres de la ciencia moderna occidental, cerrando filas momentáneamente con el desprestigiado Habicot, que sostenía la asimetría de los seres desproporcionados. Contrariando a Dauberton, Aristio anotaba:

“En los gigantes, así como en los enanos, no se ha de buscar aquella sabia y hermosa simetría que sigue la naturaleza en el resto de los hombres. Son aquellos unas variedades, o unas producciones monstruosas, que se apartan por lo común del orden regular; y así como no sería racional negar la existencia de los bicípites, porque todos los hombres tienen una sola cabeza, tampoco se podrá la de los gigantes, porque no guardan la proporción de sus miembros”.

De esta manera don Hipólito Unanue se unía a los ideales de los mercuristas, quienes desde el comienzo de su publicación habían propugnado que *“mas nos interesa el saber lo que pasa en nuestra nación, que lo que ocupa al canadense, al lapón o al musulmano”* (Prospecto Y, p. 5). El

todavía ignoto universo americano exigía no cerrar los ojos a cuanto fenómeno o hallazgo pudiera producirse. Todo debía ser pensado y estudiado, incluso la posibilidad de la existencia de seres como los gigantes. Si bien el *Mercurio* se había interesado principalmente por el *homo oeconomicus*, productor de la riqueza y la vitalidad de estos reinos de ultramar, la revista no era ajena a las preocupaciones del hombre común, que también se dejaba seducir por todo lo desconcertante y maravilloso. Desde los ojos de hoy los mercuristas a través de Unanue no desdeñaban aprehender este cosmos americano desde una perspectiva minimalista, enfatizando también los *desvios de la naturaleza*, los rasgos atípicos que conviven con las regularidades. El bagaje intelectual del que Unanue disponía para acometer sus estudios y descripciones científicas vinculaban a un mismo tiempo los conocimientos clásicos, las producciones intelectuales coloniales y los más modernos aportes extranjeros. La afirmación de una conciencia criolla requería borrar las barreras impuestas por el pacto colonial, que entre otras cosas impedía la universalización del espíritu científico. Los propios mercuristas anunciaban en sus principios editoriales:

“La escasez de noticias que tenemos del país mismo que habitamos y del interno, y los ningunos vehículos que se proporcionan para hacer cundir en el orbe literario nuestras naciones, son las causas de donde nace que un reino como el peruano, tan favorecido de la naturaleza en la benignidad del clima y en la opulencia del suelo, apenas ocupe un lugar muy reducido en el cuadro que nos trazan los historiadores” (Prospecto, I, 3).

Los mercuristas pretendían suplir la falta de información en que se debatía el nuevo continente. La España americana ya no podía entenderse desde una cultura eurocéntrica de tres siglos de duración. Unanue representaba de esta forma la eclosión del pensamiento criollo, que consideraba su misión principal el descubrimiento del reino del Perú. Sólo el cabal conocimiento *“del país en que habitamos”* permitiría entender un nosotros todavía incipiente pero promisorio y de esta manera integrarnos al cuadro de las naciones de la época, al universo conocido. No es casual que dentro del espíritu rebelde de la época, Jefferson y Unanue coincidieran en sus afanes emancipatorios y en la reivindicación de la historia natural del nuevo mundo. La gigantomaquia esbozada por el prócer peruano respondía a una inquietud racionalista. Pero también constituía una pieza más dentro del mosaico de la aún inescrutada naturaleza americana.

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA,
1985(1590)*Historia natural y moral de India*. F.C.E. México 312 p.
- CALANCHA, Antonio de la
1976(1636)*Cronica Moralizada de la Orden San Agustín. Crónicas del Perú* por Ignacio Prado Pastor. Lima 6 tomos.
- GERBI, Antonelo.
1982 *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. F.C.E. México 420 p.
- LASTRES, Juan
1951 *Historia de la Medicina Peruana. Tomo III. Época republicana*. UNMSM, Lima 379 p.
- LEON PINELO, Antonio.
1943 *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Comisión del IV centenario del Descubrimiento del Amazonas*. Lima. 2 Tomos.
- MENDIBURU, Manuel de
1937 *Diccionario Historico Biográfico del Perú*. Editorial San Martí. Lima 14 tomos.
- PATRUCCO, Sandro
1992 "Los gigantes en el Descubrimiento de América". En: *Historia y Cultura*. N 21. Lima p. 113-125.
1995 *Gigantología Austral o pequeña recopilación que se ofrece al lector de los gigantes que poblaron las tierras y la imaginación de los hombres del Nuevo mundo y de aquellos otros seres de disforme grandeza del antiguo continente que sirvieron de modelo y ejemplo a los titanes de Indias*. Tesis para optar al título de Licenciado en Historia. Pontificia Univerisdad Católica del Perú. Lima 190 p.
- UNANUE, Hipólito
1974(1806)El Clima de Lima. En: *Colección Documental de la Independencia del Perú*. T. 1 Los Ideólogos, Vol 8. Lima.

VARIOS

1964 *Mercurio Peruano Biblioteca Nacional del Perú.* Edición Facsimilar. Lima X tomos.

WOOD, Edward

1868 *Giants and dwarfs.* Maryland 345 p.